

TELEOLOGISMO Y NORMATIVISMO HISTÓRICOS. LA REVOLUCIÓN HISTORIOGRÁFICA DE FRANÇOIS-XAVIER GUERRA Y SUS LÍMITES

Elías J. Palti

UNQui - UNLP - CONICET

En los años ochenta, Guerra intentaría recobrar el valor de la dimensión simbólica en los procesos históricos, y, de alguna forma, rescatar a la historia intelectual latinoamericana del ocaso a que la había conducido la vieja tradición de historia de “ideas”. “El lenguaje”, asegura, “no es una realidad separable de las realidades sociales, un elenco de instrumentos neutros y atemporales del que se puede disponer a voluntad, sino una parte esencial de la realidad humana”.¹ En dicho intento habría, sin embargo, de reformular radicalmente su objeto. Comprender un “lenguaje político” no implicará ya meramente entender qué se dice en un texto o discurso dado, identificar las diversas “ideas” presentes en él y filiar las mismas, que es el procedimiento tradicional de la historia de “ideas”. De lo que se trataría ahora es de trascender su instancia textual y reconstruir cómo fue posible para su autor decir lo que dijo, qué categorías tenía éste disponibles para comprender, volver inteligible su realidad. Y, fundamentalmente, cómo un determinado suelo categorial eventualmente se altera, torsionando los lenguajes políticos de un periodo.

Dicha perspectiva resultará en cuatro desplazamientos fundamentales que, a partir de *Modernidad e independencias*, colocarán a la historiografía sobre la crisis de la independencia en un nuevo terreno.

En primer lugar, Guerra rompe con el esquema tradicional en la historia de “ideas” de las “influencias ideológicas”. Lo que desencadena la mutación cultural que analiza no es tanto la lectura de libros importados como la serie de transformaciones que alteran objetivamente las condiciones de enunciación de los discursos. Como señala, la convergencia con Francia al nivel de los lenguajes políticos “no se trata de fenómenos de modas o influencias—aunque éstos también existan—sino, fundamentalmente, de una misma lógica surgida de un común nacimiento a la política moderna. Guerra descubre así

¹ François-Xavier Guerra y Annick Lempèrière, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas, siglos XVIII y XIX*, México, F.C.E., 1998, p. 8.

un vínculo *interno* entre ambos niveles (el discursivo y el extradiscursivo). El “contexto” deja de ser un escenario externo para el desenvolvimiento de las “ideas”, y pasa a constituir un aspecto inherente a los discursos, determinando desde dentro la lógica de su articulación. Y esto conduce al segundo desplazamiento que produce.

En segundo lugar, Guerra conecta las transformaciones conceptuales con alteraciones producidas en el plano de las prácticas políticas asociadas a la emergencia de nuevos ámbitos de sociabilidad y sujetos políticos. Los desplazamientos semánticos observados cobran sentido en función de sus nuevos medios y lugares de articulación, los cuales no preexisten a la propia crisis política sino que surgen sólo como resultado de la misma, y que permiten la conformación de una incipiente “esfera pública”.

En tercer lugar, lo antedicho le permite a Guerra superar el dualismo entre tradicionalismo español y liberalismo americano. Como él muestra claramente, se trató de un proceso revolucionario único, que abarcaba de conjunto al Imperio, y tenía su epicentro, precisamente, en la península, que es la que se vio, de hecho, más directamente impactada por la crisis del sistema monárquico.

En cuarto lugar, esta perspectiva replantea las visiones respecto de los modos de inscripción de las guerras de independencia en América Latina en el marco de la llamada “era de las revoluciones democráticas”, y las peculiaridades de la modernización hispánica (que Guerra incluye dentro de la categoría de “Modernidad de ruptura”). Su rasgo característico será, de forma más notable en las provincias ultramarinas, menos directamente afectadas por las novedades introducidas en Cádiz, una conjunción de modernidad política y arcaísmo social que se expresa en la hibridez del lenguaje político que superpone referencias culturales modernas con categorías y valores que remiten claramente a imaginarios tradicionales.

Éste último punto, sin embargo, no parece fácilmente compatible con los tres anteriores. Como veremos, aquí reside la raíz de ciertos problemas conceptuales que marran el enfoque de Guerra. En definitiva, como veremos, mientras que los tres primeros postulados antes señalados se fundan en una clara delimitación de “lenguajes políticos” respecto de “ideas políticas”, el cuarto lleva nuevamente a confundir ambos.

Las antinomias de Guerra y la disolución de los teleologismos

Todo lo visto anteriormente gira, en realidad, en torno de un objetivo fundamental. Básicamente, lo que Guerra se propone es recuperar la historicidad de los procesos políticos y culturales, dislocando las visiones marcadamente teleológicas dominantes en el área. Según señala:

Consciente o inconscientemente, muchos de estos análisis están impregnados de supuestos morales o teleológicos por su referencia a modelos ideales. Se ha estimado de manera implícita que, en todo lugar y siempre—o por lo menos en los tiempos modernos—, la sociedad y la política deberían responder a una serie de principios como la igualdad, la participación de todos en la política, la existencia de autoridades surgidas del pueblo, controladas por él y movidas sólo por el bien general de la sociedad... No se sabe si este “deberían” corresponde a una exigencia ética, basada ella misma en la naturaleza del hombre o la sociedad, o si la evolución de las sociedades modernas conduce inexorablemente a esta situación.²

Guerra distingue así dos tipos de teleologismo: el ético, que imagina que la imposición final del modelo liberal moderno es una suerte de imperativo moral, y el historicista, que cree, además, que se trata de una tendencia histórica efectiva. Según alega, esta perspectiva resulta inapropiada para comprender el desenvolvimiento histórico efectivo de América Latina, en donde conceptos modernos esconden siempre y sirven de albergue a prácticas e imaginarios incompatibles con ellos. Ahora bien, está claro que el argumento de que el ideal de sociedad moderna (“hombre-individuo-ciudadano”) no se aplica a América Latina no lo invalida aun como tal; por el contrario, lo presupone como una suerte de “principio regulativo” kantiano.

Tal argumento inscribe claramente su modelo dentro de los marcos de la primera de las formas de teleologismo que él mismo denuncia, el teleologismo ético. Incluso podrían encontrarse también en sus escritos vestigios del segundo tipo de teleologismo señalado, el historicista. La modernización de América Latina, aunque frustrada en la práctica, una vez desatada señalará, para él, un horizonte el cual tendería, de algún modo u otro, a desplegarse históricamente.

² François-Xavier Guerra, “El soberano y su reino”, en Hilda Sabato, coord., *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México, F.C.E. / El Colegio de México / Fideicomiso Historia de las Américas, p. 34.

De todas maneras, ni en México ni en ninguna parte resultaba posible detener la lógica del pueblo soberano [...] Tarde o temprano, y a medida en que nuevos miembros de la sociedad tradicional van accediendo al mundo de la cultura moderna, gracias a la prensa, a la educación y sobre todo a las nuevas formas de sociabilidad, la ecuación de base de la modernidad política (pueblo = individuo₁ + individuo₂ + ... + individuo_n) recupera toda su capacidad de movilización.³

La idea del carácter irreversible de la ruptura producida entre 1808 y 1812, que sitúa su enfoque en una perspectiva propiamente histórica, desprendida de todo esencialismo y todo teleologismo, se termina revelando aquí como su contrario: lo que hace irreversible el proceso de modernización política es, no tanto el tipo de quiebre respecto del pasado que el mismo señaló, y la consiguiente apertura del mismo a un horizonte de desarrollo contingente y abierto, sino el determinismo, al menos, en principio (i.e., aun cuando esto en la región no se verifique nunca efectivamente), de su lógica prospectiva presupuesta de evolución. El intento de rescatar la *historicidad* de los fenómenos se revuelve así en una forma de *idealismo historicista*. Aun cuando éste no aparezca ya como punto de partida efectivo, sino sólo como una meta, nunca alcanzada, pero siempre presupuesta, la piedra de toque para este modelo sigue dada por el supuesto de la determinabilidad *a priori* del ideal hacia cuya realización todo el proceso tiende, o debería tender.

Esta perspectiva teleológica se encuentra, de hecho, ya implícita en la dicotomía “modernidad = individualismo = democracia” versus “tradición = organicismo = autoritarismo” que provee el esquema de base dentro del cual Guerra enmarca su proyecto historiográfico—y, en última instancia, resulta contradictorio con los objetivos que él mismo se plantea. De allí que la crítica a las perspectivas teleológicas sólo pueda formularse, en estos marcos, meramente en los términos del viejo “argumento empirista”, es decir, la idea de imposibilidad de una realidad dada de elevarse al ideal (la realización plena del tipo-ideal liberal, que es la meta presupuesta del proceso de modernización política).⁴ La “historicidad”, la contingencia de los fenómenos y procesos históricos,

³ François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispanicas*, México, F.C.E., 1993, p. 370.

⁴ Como decía Montesquieu respecto de su modelo: “no me refiero a los casos particulares: en mecánica hay ciertos rozamientos que pueden cambiar o impedir los efectos de la teoría; en política ocurre lo mismo” (Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984, p. 235). Los problemas latinoamericanos para aplicar los principios liberales de gobierno remitirían a esos “rozamientos” que obstaculizan o impiden “los efectos de la teoría”, pero que de ningún modo la cuestionan.

aparece recluida dentro de un ámbito estrecho de determinaciones *a priori*, y atribuible exclusivamente al medio particular en que las “ideas” deben realizarse. El punto es que tal esquema bipolar lleva a velar, más que a revelar, el verdadero sentido de la renovación historiográfica que produce Guerra, y que consiste, justamente, en haber desestabilizado las estrecheces de los marcos dicotómicos tradicionales propios de la historia de “ideas”. Aquí nos limitaremos a observar en términos estrictamente lógicos cuál es la serie de operaciones conceptuales que implica la dislocación efectiva de los esquemas teleológicos que Guerra se propuso desmontar.

El primer paso consistiría en desacoplar los dos primeros términos de ambas ecuaciones antinómicas. Es decir, habría que pensar que no existe un vínculo lógico y necesario entre modernidad y atomismo, por un lado, y tradicionalismo y organicismo, por otro. La modernidad, en tal caso, podría también dar lugar esquemas mentales e imaginarios de tipo organicista, como de hecho ha ocurrido. Éstos no se tratarían de meras recaídas en visiones tradicionales, sino que serían tan inherentes a la modernidad como las perspectivas individualistas de lo social. Así, el tradicionalismo seguiría siendo siempre organicista, pero la inversa, al menos, ya no sería cierta: el organicismo no necesariamente remitiría ahora a un concepto tradicionalista (éste bien podría ser completa e inherentemente “moderno”). Ello introduce ya un elemento de incertidumbre en el esquema de la “tradicición” a la “modernidad”, que no remite únicamente al transcurso que media entre ambos términos. Ahora tampoco el punto de llegada podría establecerse *a priori*; la modernidad no se identificaría más con un único modelo social o tipo ideal (el liberal clásico), sino que comprendería diversas alternativas posibles (al menos, dos).

El desacoplar los dos primeros términos de las ecuaciones antinómicas lleva, como vemos, a desarticular la segunda forma de teleologismo, el historicista. No así, sin embargo, aún la primera forma de teleologismo que Guerra denuncia, el ético. Uno podría todavía argüir que, si la modernidad puede dar lugar a un concepto o bien atomista, o bien organicista de lo social, sólo el primero de ellos resulta moralmente legítimo, sólo éste inscribe la modernidad en un horizonte democrático. Para desmontar esta segunda forma de teleologismo habría, pues, que desacoplar ahora los dos últimos términos de la doble ecuación. Es decir, habría que pensar que no existe una relación lógica y necesaria entre atomismo y democracia, por un lado, y organicismo y autoritarismo, por otro. Encontramos aquí la diferencia crucial entre lenguajes e ideas o ideologías. Los lenguajes, en realidad, son siempre indeterminados semánticamente (uno puede afirmar

algo, y también todo lo contrario, en perfecto castellano). Así, desde un lenguaje atomista uno podría bien plantear indistintamente una perspectiva democrática o autoritaria. Y lo mismo cabría para el organicismo. Las “ideas” (los contenidos ideológicos) no están, en fin, prefijadas por el lenguaje de base. De allí que un lenguaje no se confunda con un mero conjunto de ideas. Un lenguaje no se define por ningún conjunto de máximas, principios o conceptos (como suponen los modelos típico-ideales), no consiste de ninguna de serie de enunciados sino de *un modo característico de producirlos*. Los lenguajes políticos son, en definitiva, *indeterminados semánticamente*; en ellos se puede siempre afirmar algo, y también lo contrario, remiten a un plano de realidad simbólica de segundo orden, a los modos de producción de los conceptos. Para hacer una historia de los lenguajes políticos es necesario, pues, traspasar el plano textual, los contenidos semánticos de los discursos (el plano de las “ideas”) y penetrar el dispositivo argumentativo que les subyace e identifica, los modos o principios formales particulares de su articulación.

El punto es que entre lenguajes políticos y sus posibles derivaciones ideológicas no existe una relación lógica necesaria, sino que media siempre un proceso de traducción abierto, en diversas instancias, a cursos alternativos posibles. El individualismo atomista ya no sólo no sería el único modelo propiamente moderno de sociedad, *sino que tampoco su contenido ético resultaría inequívoco*.

Producidos estos desacoplamientos conceptuales se quiebra, pues, el mecanicismo de las relaciones entre los términos involucrados, lo que desarticula, en principio, ambas formas de teleologismo señalada por Guerra. Sin embargo, las premisas teleológicas del esquema se mantienen aún en pie. El modelo se vuelve más complejo, sin superarse todavía su apriorismo. No podemos ya determinar de antemano ni el resultado del proceso de modernización ni el curso hacia él, pero sí podemos todavía establecer *a priori* el rango de sus alternativas posibles. La contingencia de los procesos históricos sigue remitiendo a un plano estrictamente empírico. Para quebrar también esta forma de apriorismo es necesario penetrar la problemática más fundamental que plantea la historia de “ideas”.

Tras ambas formas de desacoplamiento, atomismo y organicismo dejan ya de aparecer necesariamente como modernos y tradicionales, democráticos y autoritarios, respectivamente, pero siguen siendo todavía concebidos como dos principios opuestos, perfectamente consistentes en sus propios términos, es decir, lógicamente integrados y

autocontenidos (y no formaciones discursivas históricamente generadas y contingentemente articuladas). Si de lo que se trata es de dislocar efectivamente las aproximaciones teleológicas a la historia político-intelectual, restan todavía dos pasos fundamentales, que son los que llevan a distinguir radicalmente los lenguajes políticos de los “sistemas de ideas”.

Que los lenguajes políticos sean formaciones conceptuales contingentes implica, fundamentalmente, que éstos, a diferencia de los sistemas de ideas, despliegan un principio de irreversibilidad temporal que le es inmanente, un tipo de historicidad que no les viene, como a aquellos, desde afuera, meramente de su contexto de aplicación. Y esto conlleva, a su vez, dos principios más. En primer lugar, obliga a dejar de lado lo que podemos denominar, parafraseando a Skinner, “mitología de la retroleptis”, esto es, el pensar que se pueden traer sin más al presente lenguajes del pasado una vez que la serie de premisas y supuestos en que se fundaban (que incluyen visiones de la naturaleza, ideas de la temporalidad, etc.) se han visto definitivamente quebrados. La referencia que hace Guerra a la reunión de las Cortes gaditanas, es particularmente significativa al respecto. *Como lo hizo notar Tocqueville, a propósito de la idéntica consulta que en Francia hizo Lomenie de Brienne en 1788, al hacer de la constitución un tema de debate se pasa, ya, de la restauración de las leyes fundamentales a la política moderna, al reino de la opinión.* La emergencia de la “política moderna” refiere, concretamente, *a qué se va entonces a debatir.* Las mutaciones de los lenguajes políticas remiten a transformaciones objetivas; indican, más allá de la persistencia de las ideas, alteraciones cruciales en las condiciones de su enunciación. No son las ideas de los actores; son los cambios en las *preguntas* que se plantean los que señalan desplazamientos en las coordenadas conceptuales, trastocando los vocabularios de base.

Para hacer la historia de los lenguajes es necesario, pues, no sólo traspasar la instancia textual, el plano semántico de los discursos, e intentar acceder a los modos de su producción, sino también indagar los umbrales que determinan su historicidad, aquello que confiere a los mismos un principio de irreversibilidad temporal inmanente, volviendo imposible toda proyección tanto prospectiva como retrospectiva.

Finalmente, el segundo aspecto que hace de los lenguajes políticos formaciones históricas contingentes, y los distingue así de los “sistemas de ideas”, refiere a lo que podemos llamar el principio de incompletitud constitutiva de los lenguajes políticos

modernos. Los lenguajes políticos, a diferencia de los “tipos ideales”, no son nunca entidades lógicamente integradas y autoconsistentes. Los conceptos políticos fundamentales que definen a un lenguaje político dado no son sino intentos de rodear, sin nunca poder completamente llenar, el vacío significativo que se encuentra en su centro. Y esto supone ya una visión muy distinta respecto de la naturaleza de las metacategorías políticas fundamentales que articulan el universo interpretativo de Guerra (modernidad y tradición). Quien mejor definió la misma es Hans Blumenberg, cuando discute la teoría de la secularización. Lo que, para él, la modernidad hereda de las antiguas escatologías no es ninguna serie de contenidos ideales, traducidos en clave secular. La modernidad, de hecho, no puede definirse por ningún conjunto de principios o ideales que súbitamente irrumpen y buscan históricamente realizarse en la práctica. Lo que ésta hereda de las cosmovisiones cristianas es, fundamentalmente, un lugar vacío: la pregunta respecto del sentido del mundo, ante la cual no puede permanecer indiferente, debe ineludiblemente confrontar, sin poder nunca alcanzar a responder. Privada ya de toda garantía trascendente, ésta no podrá evitar enfrentarse, una y otra vez, con aquello impensable para el mismo, lo que ningún discurso político puede admitir sin destruirse como tal: la radical contingencia (“irracionalidad”) de los fundamentos de todo orden institucional.

En suma, para hacer la historia de los lenguajes no sólo debemos traspasar el plano semántico de los discursos, a fin de acceder al dispositivo formal que les subyace; no basta incluso con indagar los umbrales que determinan su historicidad y confiere a los mismos un principio de irreversibilidad temporal inmanente; es necesario, además, y fundamentalmente, comprender cómo es que la temporalidad irrumpe eventualmente en el pensamiento político, cómo llegado el caso, circunstancias históricas precisas hacen manifiestas aquellas fisuras inherentes a una forma de discursividad dada, dislocándola. No es otro, en última instancia, el objeto que da origen a la profunda revolución historiográfica iniciada por Guerra, abriendo un horizonte al que el esquema dicotómico tradición / modernidad en que termina encerrando su perspectiva histórica le impidió, sin embargo, alcanzar a explorar en todas sus infinitas aristas y explotar todas sus potencialidades.